
El Cuarto Rey Mago

Manuel Briceño Jáuregui, S. J.,
de la Academia Colombiana de la Lengua.

Los Reyes Magos —cuenta una leyenda oriental— eran cuatro inicialmente: Abdel, Melchor, Gaspar y Baltasar, conocedores del curso de las estrellas y de los secretos babilónicos de la astronomía. Habían notado el fenómeno celeste. Parecía un cometa que se movía hacia occidente. Todas las noches brillaba misterioso en el firmamento de esas lejanas comarcas.

Los cuatro sabios entendieron el mensaje. Lo interpretaron como una invitación. ¿Hacia qué país? No lo sabían. A Occidente... pero viajarían juntos siguiendo el rumbo de la estrella o del cometa fugaz. Y concertaron el encuentro en un lugar determinado, cuyos caminos llevaban a Palestina. Mas Abdel se retrasó. Lo esperaron. No llegaba, y no había tiempo que perder: pudiera desvanecerse el astro. Marcharon, pues, con la tristeza de dejar al compañero pero con la ignota alegría de una aventurada incertidumbre.

¿Qué había sucedido a Abdel? Había partido el día convenido. Llevaba como regalo un diamante, una esmeralda y un rubí en su cofre Oriental. El camino, por desgracia, estaba infestado de ladrones. Viajando en su camello escuchó ayes lastimeros. Se detuvo un instante. Un hombre había caído en manos de salteadores que lo habían despojado de cuanto llevaba y, cargándolo de golpes, lo habían dejado medio muerto. Viajeros indiferentes habían pasado junto a él y seguido de largo. Abdel contempló, conmovido, el espectáculo. Se acercó a la víctima, vendó sus heridas, derramó en ellas aceite y vino, subiólo a su camello, lo con-

dujo a un lugar seguro. Al atardecer el desconocido recobró el sentido y le refirió el suceso. Prosiguiendo el camino llegaron a una posada donde el Rey encomendó al dueño tuviera cuidado de él, y le entregó dinero advirtiéndole que los gastos de más se los cubriría a la vuelta. Iba de urgencia. Con todo, veló junto al herido toda la noche. Al otro día, antes de partir, regaló el diamante al herido.

Un día de camino había perdido Abdel. La estrella titilaba aún más, como agradeciendo el servicio al prójimo. El sol matutino de Oriente alentaba el corazón del peregrino hasta llegar al lugar convenido con los otros tres sabios. Pero ya habían partido...

¡Adelante! Al anochecer fue a hospedarse en un mesón. La gente no cabía. Todos ellos venían de Arabia y se dirigían a Egipto llevando especias, joyas, tapices y aromas. El comentario general era el del Mesías esperado, el Salvador prometido que, según algunos, hacía poco había nacido en Belén (¡Belén! sonó esta voz como un campanazo en los oídos del Rey) según otros, los indiferentes o incrédulos, era uno más, de tantos, porque no le precedieron milagros o supercherías. Abdel, aunque pagano, había oído rumores del Mesías de los judíos y quería convenirse. Ellos no hicieron caso y prosiguieron a Egipto con su mercancía.

Abdel no desmayó. En una encrucijada oyó el gemido de un niño. El cuadro era conmovedor. Una pobre covacha. Un pequeño lecho destendido. Unos trapos

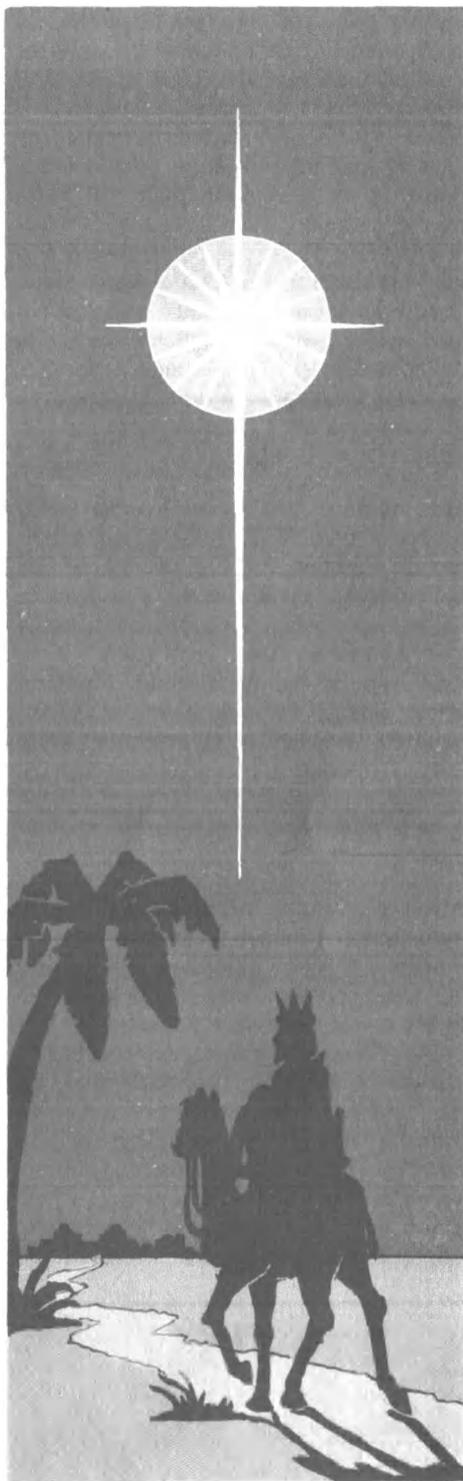
colgados de las paredes, el fogón de la cocina apagado, alimentos regados sobre una mesa deshecha y en un rincón el cadáver tibio de una madre mientras el párvulo lloraba. ¿Qué no quisiera hacer Abdel por el infante? Mas éste se mostraba huraño con él. Sacó el Rey de su joyero la esmeralda y persuadió al niño que la recibiera y con ella fuera a buscar ayuda.

El tiempo, mientras tanto, iba corriendo. No le quedaba sino el rubí. Llegaría tarde. El último recodo del desierto le esperaba y su camello estaba ansioso de lejanía. Cabe una palmera, en un pequeño oasis, alcanzó a divisar una familia que descansaba del sol. Era una dulce mujer joven con un niño en los brazos que contemplaba las arenas del exilio, y un varón recio, solícito, preocupado que oteaba el infinito horizonte como si temiese que lo siguieran. El cuadro era un idilio, entre la incansable placidez del desierto y la angustia del viaje. Algo de esto alcanzó a percibir Abdel al trote acelerado de su cabalgadura. El azul agresivo del cielo enmarcaba al vigía, a la madre y la palmera.

Por fin, anocheciendo, llegó el Rey a su destino. Le dijeron que en Belén, según las escrituras. Y allá se dirigió. Pero ¡qué espectáculo! Cadáveres de inocentes menores de dos años por las calles, lamentos de las madres, sangre virgen en los portales, lágrimas, desconsuelo, desolación...! Atónito quedó Abdel.

— Unos Reyes vinieron de Oriente, le contaron los moradores, y ya se volvieron por otro camino. Fue Herodes quien mandó degollar a estos infantes...

Abdel se acordó de la familia bajo la palmera; la inmaculada madre joven, la tierna criatura en sus brazos, y el varón fuerte del bordón en la mano... Se hospedó donde pudo para madruguar con el lucero del alba: quizás los pudiera alcanzar todavía. Egipto no estaba lejos para su camello de elástica cerviz. Pero fue en vano. Las colonias judías no le daban razón. Las caravanas ignoraban la respuesta. Más él



insistía. Y tuvo que rendirse. Regresó a su país. Busco a sus compañeros, aquéllos que tuvieron la fortuna de conocer al Mesías y ellos le contaron pormenores: cómo se les habían clavado en el alma los ojos de azabache de aquél niño, como si hablaran, la encarnada blancura de la madre, como de paloma, y la actitud hierática del jefe de familia, bondadoso y a la vez preocupado. El cuarto Rey Mago quedó pensativo. No brillaba en su joyero sino el rubí —encendido como una herida del corazón...—. Y, sin perder la esperanza de colocarlo algún día en sus manos, en su corona o en su pecho, emprendió el regreso a su palacio.

Pasaron casi treinta años. El anciano Rey no había perdido su esperanza. Caravanas de mercaderes traían noticias de que en Palestina había aparecido un Profeta taumaturgo que anunciaba una Buena Nueva a los mortales. Las muchedumbres iban tras él. No descansaba. Recorría villas, aldeas, campos, ciudades, predicaba en Jerusalén en el propio templo de Dios, y referían cómo confundía con su palabra a los poderosos fariseos y a los sabios, sin temor a represalias, y era compasivo con los niños y con los pecadores...

Abdel sintió una fuerza interior que lo empujaba de nuevo a la aventura en Palestina. Y, pese a la edad, resolvió viajar. Llevó consigo el rubí en el mismo joyero de antaño. Jerusalén, sabía él, celebraba entonces una fiesta solemne. Era un viernes, al atardecer, cuando llegó la ciudad estaba casi vacía. Una muchedumbre rodeaba vociferante el suplicio de tres hombres: el del medio agonizaba... El sol se oscurecía. Temblaba la tierra. La luna amarillenta marchitaba el firmamento. Abdel luchó por acercarse, pero no fue

posible. Luego..., no supo cuando, la multitud se alejaba pensativa. El Rey alcanzó a divisar, al centro al crucificado, destrozado de azotes, sangrando lentamente, coronado de espinas, destrozado. Un éxtasis sobrecogió al anciano. De las rocas una cayó sobre el camello y mató a los dos... En su mano derecha apretaba el rubí...

Al despertar Abdel se encontró cerca de una puerta. Era un reino desconocido. Todo nuevo, todo alegría, todo luz. Y vio a su lado, con cicatrices en las manos y en el pecho, al que había visto de lejos en la cruz. Y junto a El un hombre, con cicatrices en las manos y en las piernas.

- ¿Cómo te llamas, buen Rey?
- Mi nombre es Abdel.
- El mío es Dimas. Hace muchos años en un camino hallaste a un niño que lloraba por su madre muerta, ¿no recuerdas? Tú me regalaste una esmeralda valiosísima. Es esta, ¿no recuerdas? Yo fui un ladrón... (las palabras se le entrecortaron en la garganta).

El Resucitado del Gólgota tendía los brazos al Rey para abrazarlo.

- Acepta, Señor, este rubí... Tanto tiempo lo he conservado para ofrecértelo... Déjame el consuelo de entregártelo...

Y el resucitado tomó el rubí y lo escondió en la llaga del costado. Parecía la última gota de sangre que le faltaba por derramar... Y, abriendo las puertas, de par en par, hizo seguir a los dos al Paraíso.

El Cuarto Rey Mago había, por fin, llegado a tiempo...